

Prólogo

Todo comenzó con palabras. En Juan 1,1 leemos: «Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios». Las palabras son y han sido la fuerza creadora del universo. Las primeras palabras del Creador de las que tenemos constancia, «hágase la luz», confirman el poder iluminador de las palabras.

Este libro, escrito de forma magistral, te ayudará a comprender que las palabras contienen un poder inherente, una fuerza capaz de iluminar nuestro sendero y el horizonte que esperamos alcanzar. Utilizadas de forma adecuada y positiva, las palabras constituyen los fundamentos del éxito y la paz interior; nos procuran la visión y la concentración necesarias para encontrar el camino hacia el crecimiento y la aportación. Por el contrario, utilizadas de forma inadecuada y negativa, pueden socavar nuestras mejores intenciones. Y esto es aplicable a los negocios, a las relaciones personales y a todos los ámbitos de la vida. Existe un lenguaje del éxito y un lenguaje de la frustración; un lenguaje del progreso y un lenguaje del retroceso. Las palabras venden, y las palabras repelen; las palabras nos conducen hacia delante, y las palabras nos impiden avanzar; las palabras sanan, y las palabras matan. Cuando comprendemos el significado puro y auténtico de las palabras, entonces descubrimos su importancia y valor divino, y nos permiten desarrollar un nuevo vocabulario de liderazgo orientado hacia arriba, no hacia abajo, que nos inspira, motiva, anima, estimula e impulsa hacia delante. Cuando las palabras se utilizan de forma adecuada, llegan al corazón humano.

Sobre tu descubridor del sendero

Conocí a Kevin Hall hace ya más de dos décadas, cuando dirigía el departamento de ventas y formación de Franklin Quest. En aquel entonces, Kevin me pidió que diera una charla durante el encuentro anual de la empresa sobre los principios de comunicación y empatía. Ya en esa época su pasión por los principios intemporales y su sincero deseo de ayudar a los demás a encontrar y seguir su sendero y su propósito en la vida eran más que evidentes.

Kevin era también el entrenador del equipo de fútbol de mi nieta Lauren, un cargo en el que pude observar su habilidad para motivar y alentar a las jóvenes a alcanzar unas metas que muchas de ellas jamás habían soñado con alcanzar. De sus jugadoras, a Kevin le interesaba tanto el éxito personal en la vida como el éxito en el terreno de juego. Recuerdo una ocasión en la que le dejamos a Kevin nuestra casa para tener una sesión de desarrollo personal con los miembros del equipo, y Kevin lo arregló para que un puñado de oradores «infundiera vida» en los sueños y las aspiraciones de las jugadoras. Uno de los oradores, Art Berg, compartió con los asistentes un potente mensaje que aparece en el capítulo 7 de este libro. Todavía hoy recuerdo muchos de los principios impartidos durante esa velada.

Con el tiempo, la empresa que fundé, Covey Leadership Center, se fusionó con Franklin Quest para formar Franklin Covey, una empresa de servicios profesionales globales líder en el sector, en la que actualmente ocupó el cargo de vicepresidente.

Antes de la fusión, Kevin dejó Franklin Quest para crear una fundación para jóvenes con el fin de investigar el significado oculto, y a menudo secreto, de las palabras, así como su relación con el crecimiento y el desarrollo personal.

Desde entonces hemos pronunciado juntos numerosas charlas en congresos del sector y hemos trabajado conjuntamente con

equipos de ejecutivos para mejorar su rendimiento en cuanto al liderazgo. Al igual que yo abrí nuevos caminos en el ámbito del desarrollo personal hace más de veinte años al descubrir los hábitos que conducen a una vida provechosa y eficaz, Kevin abre también nuevos caminos al descubrir y revelar el auténtico significado de las palabras que conforman esos hábitos.

Hace cuatro años que Kevin y yo venimos hablando sobre este libro, que considero una magnífica guía para llevar una vida de plenitud e integridad personal. Cada capítulo está imbuido de unos principios intemporales que Kevin denomina «secretos». Por ejemplo, en el capítulo 1, el lector descubrirá la «palabra secreta». Es una antigua palabra india capaz de dotarnos de un poder increíble y que, como yo mismo he podido comprobar, libera en nosotros un asombroso potencial. El solo hecho de descubrir esta palabra y aprender a utilizar su infinito poder bien vale el precio de este libro.

Cuando leas sobre el viaje personal que Kevin emprendió para descubrir estos secretos, no tardarás en comprender el poder de su propio y heroico viaje.

Pelar la cebolla

El hecho de comprender lo que en realidad significa una palabra normal y corriente y reconocer su profundidad y auténtica esencia nos dota de un inmenso poder. Cuando desciframos las palabras pelándolas como una cebolla, una capa tras otra, y descubrimos su significado puro y original explorando sus raíces, arrojamamos nueva luz sobre palabras y frases, muchas de las cuales hemos empleado siempre. Por ejemplo, siempre he enseñado que el primer imperativo de un líder es inspirar a los demás. Cuando uno comprende que *inspirar* significa ‘insuflar vida a los sueños

de otros', y que lo contrario, *expirar* significa 'dejar de respirar', entonces estas palabras cobran vida. Podemos aprender a utilizar palabras que inspiran y hacer posible que otros alcancen sus sueños. Por el contrario, podemos utilizar palabras que sofocan y que acaban con las esperanzas y las aspiraciones de otros.

Otro ejemplo es *oportunidad*. A mi entender las personas eficaces no se obsesionan con los problemas, sino que piensan en las oportunidades. La raíz de *oportunidad* es *portus*, 'puerto', que significa la entrada por agua a una ciudad o lugar de negocios. Antaño, cuando la corriente y los vientos eran favorables y el puerto se abría, permitía la entrada para comerciar, visitar, invadir o conquistar. Pero sólo quienes reconocían esa entrada podían aprovecharse del puerto abierto, u oportunidad. Te animo vivamente a que aproveches la oportunidad que este libro, colmado de tesoros, te ofrece de enriquecer tu vida.

Además de palabras corrientes utilizadas de forma cotidiana en una conversación en castellano, este libro incluye unas palabras únicas y profundas de diversas lenguas y culturas. La palabra *ollin*, por ejemplo, es una palabra azteca de gran profundidad. Describe un acontecimiento potente, como un terremoto o un violento temporal que sacude la tierra. Transmite un movimiento intenso e inmediato. *Ollin* significa 'moverse o actuar de inmediato con todo tu corazón'. Para experimentar *ollin* es preciso emplearse a fondo. Las palabras globales como ésta pueden unir a pueblos a través del mundo mediante un lenguaje común.

Buscar tu felicidad

Cuanto mejor comprendas las palabras y las capas que contienen, más te ayudarán a comprender tu sendero y tu propósito. El gran mitólogo Joseph Campbell acuñó la frase «Sigue tu fe-

licidad». Las palabras son las señales de dirección que indican el camino que conduce a esa felicidad. Las palabras, junto con las acciones que ellas mismas inspiran, te ayudan a ser un mejor líder, mejor marido, mejor padre, mejor vendedor, mejor deportista. La lista es interminable. El poder que encierran las palabras genera riqueza, salud, productividad, disciplina, espiritualidad y un sinnúmero de otras características humanas deseables.

La distribución de los capítulos

Este libro está dividido en once capítulos basados en un principio —once palabras esenciales—, que puedes consultar una y otra vez a lo largo del año para consolidar de forma eficaz un cambio permanente en tu conducta.

El esquema y distribución de los capítulos refleja la formación y experiencia del autor en la enseñanza del desarrollo personal a lo largo del último cuarto de siglo. Los cinco primeros capítulos versan sobre el desarrollo personal: cómo utilizar el poder secreto de las palabras para encontrar tu sendero y propósito personal. El capítulo 6, situado justo en la mitad, ocupa un lugar aparte, independiente de los demás porque su temática es central para todo el libro. Su palabra clave es *humildad*, un rasgo muy potente que considero «la madre de todas las virtudes», pues constituye la clave del crecimiento y el perfeccionamiento constantes. Los cinco últimos capítulos abordan el tema del liderazgo y versan sobre el lenguaje del mismo: *no se trata de ti, sino de ellos*. Como en una rueda, el capítulo refleja cómo tu área de influencia se expande desde un eje central, que se amplía conforme la rueda va creciendo. El capítulo 11 y último trata sobre la *integridad* —que significa ‘entero’ o ‘completo’— y cierra la rueda del desarrollo.

Este instructivo libro puede leerse con facilidad de un tirón. Pero si lo deseas, también puedes seleccionar el tema de un capítulo que te interese en particular y explorar sus profundidades detenida y exhaustivamente. En cualquier caso, te revelará las claves esenciales para liberar tu auténtico potencial.

Sea cual sea tu objetivo, tu búsqueda o tu pasión, estoy convencido de que *El poder de las palabras* te mostrará una fuerza universal que te iluminará el camino hacia la inspiración y el crecimiento personal. Te recomiendo que tengas un bolígrafo o un lápiz a mano mientras lees esta profunda obra una y otra vez. Te aseguro que yo lo haré.

STEPHEN R. COVEY

Nota del autor

Hoy, cuando he terminado el manuscrito, una capa de nieve reciente cubría la comunidad situada sobre una montaña donde vivo. He salido a inspirar una profunda bocanada de aire puro, que he expelido despacio. El doloroso y a la vez gratificante trabajo de los cuatro últimos años parece evaporarse como el vapor que emanaba mi aliento. Como me he repetido innumerables veces, durante varias épicas carreras en mi *mountain bike* Leadville 100, hoy he pensado: «El dolor se olvida pronto, pero el recuerdo perdura siempre».

Si este libro aporta valor y sentido siquiera a una vida, las innumerables horas que le he dedicado habrán valido la pena. Como conector de ideas y personas, dudo que alguien pudiera pagarme el dinero suficiente para abandonar este trabajo y no transmitir los secretos que he descubierto durante mi viaje mientras escribía *El poder de las palabras*.

Confío en que descubras el valor de los principios que he aprendido y encuentres plenitud y felicidad al aplicarlos a tu vida. Deseo también que aproveches la oportunidad que te ofrezco al final de cada capítulo («Pensamientos que anoto en mi cuaderno sobre...») y el apartado «Identifica y honra a un practicante de...»), y en la sección «El Libro de los Grandes», al término del libro, para honrar a las personas clave que han enriquecido tu vida. El doctor Martin E. P. Seligman, una autoridad reconocida en todo el mundo en el ámbito de la psicología positiva y autor de *Aprenda optimismo* y *La auténtica felicidad*, libros que han esta-

do en las listas de superventas, nos enseña que podemos alcanzar nuevos niveles de felicidad tendiendo una mano y dando las gracias a quienes han tenido un impacto positivo en nuestras vidas. Se ha demostrado científicamente que estos «actos de gratitud» constituyen la mejor forma de promover la felicidad personal. Te prometo que, si intentas realizarlos, te encantarán, al igual que a las personas que los reciban.

Conforme tu viaje personal vaya desarrollándose, me gustaría conocer tus experiencias individuales. Si todos aunamos nuestras energías, nos ayudaremos mutuamente a no desviarnos de nuestro sendero, a cumplir nuestros compromisos y a alcanzar nuestro propósito. No dudes en ponerte en contacto conmigo en kevin@powerofwords.com. Estaré encantado de que me escribas.

KEVIN HALL

1

La palabra secreta

*Aunque no tenga otras cualidades
me basta el amor para triunfar.
Sin él fracasará aunque posea toda la sabiduría
y todas las habilidades del mundo.
Saludaré este día con amor en mi corazón.*

OG MANDINO

Era una tarde invernal, fría y tonificante cuando entré en la majestuosa catedral de San Esteban, situada en el centro neurálgico de la pintoresca capital de Austria (Viena).

Al instante me fijé en una sencilla fotografía enmarcada de una joven madre Teresa de Calcuta rodeada de velas y bancos. Reflexioné en silencio sobre el impacto de la gigantesca vida de esta mujer menuda pero que desarrollaba una increíble actividad, una mujer de pocas «palabras» que había conseguido cambiar el mundo mediante una buena obra tras otra y que solía murmurar: «No hables, hazlo», mucho antes de que la firma Nike acuñara el célebre eslogan «Just do it».

La madre Teresa, que no había tenido hijos propios, se convirtió en la madre de los huérfanos de madre adhiriéndose al mantra de «hacer las pequeñas cosas con un gran amor». *Hacer. Actuar. Servir.* Estas palabras se convirtieron en sus tarjetas de visita para el mundo entero.

Salí de la catedral inspirado por su legado y decidido a «hacer más.» Rodeado por las magníficas torres de San Esteban, aspiré a llegar más alto y reevaluar y reconocer las oportunidades que se presentaran en mi camino. Experimenté la gratificante sensación de que iba a ocurrir algo especial.

De pronto recordé el motivo que me había llevado hasta allí y me puse a buscar unos regalos navideños para mis seres queridos. Empecé a recorrer los callejones y las callejuelas, pasando frente a numerosas tiendas de regalos y cafés con terrazas, en busca de algo especial. Mientras caminaba por las calles adoquinadas que partían de la catedral, me detuve delante de un establecimiento cuyo escaparate me recordó al de un joyero, aunque era una tienda de tejidos.

La luz que reflejaban las luminosas sedas y los linos multicolores me llamó la atención y me sedujo. Entré en la tienda confiando en hallar el tejido perfecto para el traje de novia de mi hija Season. Mientras contemplaba el colorista surtido de tejidos procedentes de cada rincón del mundo, imaginé a mi hija vestida como una princesa, irradiando su preciosa sonrisa y su contagiosa alegría mientras su príncipe azul la transportaba en volandas a través de un nuevo umbral de promesas y esperanzas.

Yo ignoraba entonces que el sendero que seguía me llevaría a descubrir uno de los dones más valiosos de mi vida.

Este don aparecería envuelto en forma de una palabra, una palabra con el poder de transformar la vida de uno para siempre.

Un regalo inesperado

El dueño de la tienda, un hombre de mediana edad, se apresuró hacia mí con la vitalidad de una persona mucho más joven. Sus grandes ojos castaños me fascinaron. Tenía la cara redonda, y sus dientes blancos como perlas contrastaban con su piel lozana de color chocolate.

Cuando me estrechó la mano, sonrió guiñándome un ojo sutilmente, ladeó la cabeza y dijo en un inglés correcto y preciso:

—Buenas tardes. Me llamo Pravin. Pravin Cherkoori.

Su voz tenía la suave y encantadora entonación de una persona procedente del país cuyo nombre ostentaba su tienda: India.

—Soy Kevin Hall. Encantado de conocerle —respondí.

Cuando me disponía a preguntarle cuánto tiempo hacía que se dedicaba a adquirir esas espléndidas telas de colores deslumbrantes, Pravin me sorprendió formulándome una pregunta:

—¿Qué significa ese alfiler que lleva?

Me toqué el alfiler de peltre que lucía en la solapa de mi abrigo. Me lo quité y se lo ofrecí para que lo examinara de cerca. Pravin lo sostuvo entre el pulgar y el índice y preguntó:

—¿Qué representan las dos manos enlazadas alrededor de cada muñeca?

—Significan la responsabilidad que tenemos de tender la mano al prójimo, apoyarnos unos a otros y tratar de aliviar los problemas de los demás —contesté.

Pravin giró un poco el alfiler y dijo:

—Por la posición de las manos, parece como si estuvieran dispuestas tanto a ayudar como a recibir ayuda.

—Veo que ha entendido lo que el artista trataba de transmitir —respondí—. Emerson lo llamaba «una de las maravillosas compensaciones de esta vida, pues uno no puede tratar sinceramente de ayudar a los demás sin ayudarse a sí mismo».

Pravin sonrió, y al hacerlo las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba, y añadió:

—Solemos obtener lo que deseamos para los demás.

Yo asentí, pues sus palabras contenían una gran verdad.

—¿De modo que este alfiler... es el motivo por el que ha venido a Viena? —inquirió Pravin.

Su asociación de ideas me sorprendió, pero no hice comentario alguno. Le expliqué que el alfiler era una réplica en miniatura de la Estatua de la Responsabilidad que Viktor Frankl había soñado que fuera erigida en la costa Oeste de América, a modo de equivalente de la Estatua de la Libertad que se halla en la costa Este. Yo había pasado la semana anterior con la familia de Viktor, mostrándoles este modelo a escala y hablando sobre los planes para llevar a cabo su proyecto.

El dueño de la tienda abrió los ojos como platos al oír el nombre del famoso psiquiatra vienés, superviviente del Holocausto y autor de *El hombre en busca de sentido*.

—Yo conocí a Viktor. Era un hombre grande y noble —dijo con admiración, tras lo cual sacó de debajo del mostrador de la entrada un voluminoso libro de honor—. Viktor, como muchas otras personas que han pasado por Viena, firmó en este Libro de los Grandes.

Pravin se inclinó hacia delante mientras abría el libro y lo depositaba sobre el mostrador, frente a mí y me dijo:

—Tú eres uno de los grandes, Kevin. ¿Quieres firmar en mi libro?

Miré los nombres en las páginas: estaban el doctor Frankl, la madre Teresa de Calcuta y varios miembros de la familia de Mahatma Gandhi. «Este hombre acaba de conocerme...», pensé. Me sentí indigno de firmar en ese libro. Mi nombre no merecía figurar junto a unos personajes tan insignes.

Tras una pausa que se hizo eterna, respondí:

—Te agradezco el cumplido y tu amable gesto, pero no me considero uno de los grandes. Lo siento, pero no puedo firmar en tu libro.

Pravin salió de detrás del mostrador y apoyó una mano en mi hombro.

—Deseo enseñarte una palabra —dijo—. ¿Quieres hacerme el favor de cenar conmigo?

Sin esperar mi respuesta, me condujo a través de la puerta principal hacia la calle, donde el aire gélido era un frío recordatorio de que el crecimiento y el descubrimiento suelen ir acompañados de cierto grado de incomodidad.

Después de recorrer varias callejuelas, seguimos el suculento aroma de verduras salteadas, ajo asado y jengibre hasta llegar a un pintoresco restaurante chino.

La decoración del restaurante era simple y austera. Entre las cuatro paredes de color gris mate había ocho mesitas rectangulares, con cuatro sillas de madera arrimadas a cada una, dispuestas

sobre un suelo pringoso de vinilo. En la cocina, que atisbamos a través de la puerta entreabierta, había una placa con seis quemadores, repleta de *woks* de hierro, sartenes de acero y ollas que contenían caldo. De la campana extractora colgaba una variada colección de utensilios de metal. En la encimera situada a la izquierda había unas pilas de bandejas ovaladas. El estante que había encima estaba lleno a rebosar de recipientes rojos y blancos.

Llegamos al atardecer, entre las horas punta del almuerzo y la cena, y comprobamos que teníamos todo el comedor para nosotros.

Un cocinero cortaba y picaba verduras con gran habilidad, preparándolas para el inevitable gentío de la noche, mientras un segundo cocinero preparaba con consumado arte comida para llevar en una humeante cazuela que sujetaba con la mano derecha. Estaba frente a los fogones, de espaldas a nosotros, moviendo los brazos de forma rítmica, como un director de orquesta marcando el compás de una maravillosa sinfonía.

Este insólito escenario fue el marco del extraordinario encuentro que se produjo a continuación. Aquí, en un restaurante chino, en el centro de Europa, la conversación discurrió con naturalidad y fluidez entre unos extraños que charlaban como si fueran amigos de toda la vida.

Pravin, impaciente por entrar en materia, se apresuró a llamar a la camarera y le pidió algunos de sus platos favoritos. Luego acercó su silla a la mesa y se acodó en ella frente a mí.

—¿Qué piensas de mí? —me preguntó mirándome a los ojos—. Tengo la piel oscura. Tú tienes la piel clara. Yo provengo de Oriente. Tú, de Occidente. ¿Qué tenemos en común?

No tuve que meditar mucho mi respuesta. Recordé unas palabras que mi madre me había inculcado de niño.

—Creo que eres mi hermano —respondí sin vacilar—. Somos obra del mismo Creador. Formamos parte de la misma familia humana.

Mi hermano indio se repantigó en su silla y exclamó:

—¡Yo pienso exactamente igual!

A partir de ese momento nuestra conversación adquirió un profundo interés personal, abriendo nuevos caminos y nuevas percepciones.

Pravin me habló de su infancia:

—Crecí en Calcuta, entre los pobres más pobres. Gracias a los estudios y al trabajo duro, mi familia consiguió huir de los grilletes de la pobreza. —Tras una pausa, continuó—: Mi madre me enseñó muchas cosas. Una de las más importantes fue el significado de una antigua palabra hindi.

Eso hizo que me sentara en el borde de mi silla.

—En Occidente lo llamaríais *caridad* —continuó Pravin—. Pero creo que comprobarás que esta palabra posee un significado más profundo.

«¿Qué palabra puede ser más profunda que *caridad*?», me pregunté.

Con voz pausada, casi reverente, Pravin prosiguió como si me revelara un secreto sagrado:

—La palabra es *genshai* —dijo—. Significa que uno jamás debe tratar a otro de forma que le haga sentirse menospreciado.

Saqué mi cuaderno de piel y escribí la trascendente palabra *genshai* (se pronuncia [guén-chai]) y su significado tal como acababa de explicarme mi nuevo amigo.

Pravin prosiguió:

—De niños, nos enseñaron que nunca debíamos mirar, tocar o dirigirnos a otra persona de forma que se sintiera menospreciada. Si yo pasaba junto a un mendigo en la calle y le arrojaba una moneda con gesto despreocupado, no estaría practicando el *genshai*. Pero si me arrodillaba y le miraba a los ojos cuando depositaba la moneda en sus manos, esa moneda se convertiría en amor. Sólo entonces, después de haberle demostrado un amor

fraterno, puro e incondicional, me convertiría en un auténtico practicante del *genshai*.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda al tiempo que me quedé mudo, reflexionando sobre el poder de lo que acababa de oír.

—Te aseguro que eres uno de los grandes, Kevin —declaró mi anfitrión mientras me señalaba con las manos—. Pero te negaste a firmar en mi Libro de los Grandes. Cuando tomaste esa decisión, te menospreciaste a ti mismo. *Genshai* significa que jamás debes menospreciar a nadie, ni siquiera a ti mismo.

Tras una pausa, Pravin me imploró:

—Prométeme una cosa, Kevin. Que jamás volverás a menospreciarte. ¿Me lo prometes?

Me sentí cohibido y me rendí.

—De acuerdo, Pravin. Te lo prometo.

Su rostro jovial reflejaba una expresión inaudible de «misión cumplida» mientras me miraba sonriendo de oreja a oreja.

Amor de madre

Unas horas antes, yo había abandonado la catedral con la premonición de que iba a ser una noche memorable. Cuando miré a mi guía—gurú, la palabra *memorable* se me antojó la más subestimada del año.

—¿Puedes contarme más cosas sobre tu encuentro con la madre Teresa, la santa de Calcuta?

—Sí —respondió Pravin—. Caminaba a través de una multitud vestida con su habitual sari de algodón blanco. Corrí hacia ella, gritando como un loco, y cuando me acerqué, la madre Teresa me tapó la boca con una mano y me rogó con firmeza que callara y me pusiera manos a la obra. Lo recuerdo como si fuera...

—Ha sido la madre Teresa quien esta noche me ha llevado hasta tu calle —le interrumpí, incapaz de contener la emoción—. Hace un rato me detuve en la catedral de San Esteban y rendí homenaje a la vida de esta santa. He salido de la catedral prometiéndome aspirar a hacer más en mi vida. Mi siguiente parada ha sido tu preciosa tienda de telas.

Pravin se detuvo, me miró fijamente a los ojos y dijo con vehemencia:

—Estaba escrito que nuestros caminos se cruzarían. Estábamos destinados a conocernos. Entraste en mi tienda por un motivo.

Al mirar a mi nuevo amigo a los ojos me acordé de mi madre, la primera practicante del *genshai* que conocí, aunque me consta que ella nunca había oído esa palabra ni conocía su significado.

—Kevin —solía decirme tomándome por el mentón—, puedes hacer lo que desees en la vida. Puedes alcanzar y vivir todos los sueños nobles que tengas. Estoy segura de que harás cosas grandes e importantes en tu vida.

Mientras pensaba en mi infancia, las palabras de mi madre sonaron con tanta nitidez como el día en que las pronunció. Parecía casi como si la silla que estaba vacía junto a Pravin en nuestra mesa estuviera ahora plácidamente ocupada por mi ángel maternal.

Hacía cuatro años que mi maravillosa madre había fallecido apaciblemente en nuestra casa. Durante casi un año había luchado denodadamente contra los estragos del cáncer, hasta que por fin se había rendido con calma y serenidad.

A mi madre siempre la recordaremos mi familia, las personas que la conocían bien y yo como una mujer de una fortaleza y un valor extraordinarios.

Se había convertido en madre soltera de dos hijos a la tierna edad de diecinueve años, atendiendo las necesidades de mi her-

mano mayor y las mías cuando podía haber cursado el primer año universitario.

Mi madre fue una adolescente que colgó los estudios en el instituto pero que logró procurarse una educación, una carrera y, gracias a su determinación, logró convertirse en terapeuta especializada en el consumo de drogas junto a colegas que ostentaban sus diplomas de másteres colgados en la pared.

Pasó de ser una alcohólica rehabilitada a una terapeuta que se dedicaba a ayudar a los adictos que luchaban contra los demonios que ella conocía bien. Los retos a los que tuvo que enfrentarse le enseñaron a comprender a los demás y empatizar con sus problemas y sufrimientos, aprendiendo de paso el valor de la compasión y el aliento, los elementos fundamentales de la palabra *genshai*.

Durante su funeral, un hombre alto, fuerte y bien parecido se me acercó con los ojos empañados para decirme que mi madre le había cambiado y probablemente salvado la vida. Me habló de la época más negra de su existencia. Había tocado fondo y no sabía si conseguiría salir del bache. Luego, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas, me contó que mi madre había creído en él cuando ni siquiera él creía en sí mismo.

—Sin la ayuda de su madre —me dijo—, hoy no estaría aquí.

«Sin ella yo tampoco estaría aquí», recuerdo que pensé, pues mi madre solía decirme con insistencia que yo podría lograr cuanto me propusiera, y por suerte la creí. Al margen de lo dura que fue su vida, siempre mantuvo la visión de un mundo mejor para mí.

Un vencedor, no una víctima

Cuando salimos del restaurante, recordé otro modelo que ejemplificaba el término *genshai*, un hombre de un carácter y una for-

taleza excepcionales, un hombre cuyo legado me había llevado hasta Viena: el doctor Viktor Frankl.

Hacía tan sólo una semana que yo había abandonado el cálido y soleado sur de California para atravesar medio mundo con una esperanza: averiguar más detalles sobre la insólita vida de Viktor y comprender cómo era posible que tanta maldad pudiera engendrar tanta bondad.

Comencé mi estudio del personaje paseando por las mismas calles que Viktor había recorrido durante noventa y dos años durante los cuales disfrutó de una vida llena de dignidad y determinación. Sin embargo, el joven médico pasaría tres años muy lejos de la belleza y la tranquilidad de su amada Viena, sobreviviendo a los horrores y la crueldad de los campos de concentración nazis como el prisionero número 119.104.

Para él, esos tres años que le habían robado eran insignificantes en comparación con todo lo demás que los nazis le habían arrebatado y destruido: su bella esposa y el hijo que iba a nacer, su hermano, su madre, su padre y el manuscrito a cuya redacción Viktor había dedicado su vida de adulto.

No olvidaré lo que sentí al detenerme frente a la casa de Frankl, e imaginé a los nazis irrumpiendo en el oscuro silencio de la noche y transformando el santuario de Viktor en un auténtico infierno, arrancándolos a él y a su familia de sus cálidos lechos para enviarlos en trenes de ganado a los campos de concentración.

¿Cómo podía uno elegir ser un vencedor en medio de tanto sufrimiento y devastación? ¿Cómo había conseguido Viktor elegir el triunfo sobre la derrota? ¿Sería yo capaz de aproximarme siquiera a ese grado de valor?

¿Cómo era posible que Viktor, al igual que Anna Frank, eligiera creer en la bondad de la humanidad después de lo que había experimentado?

Las respuestas se encuentran en el libro que Viktor escribió durante nueve días consecutivos al término de sus atroces vivencias, un libro que sería reconocido como uno de los más influyentes jamás escritos: *El hombre en busca de sentido*.

En el libro, Frankl escribe: «A un hombre pueden despojarlo de todo menos de una cosa: la última de las libertades humanas, la libertad de elegir la actitud que uno asume en cualquier circunstancia, la libertad de elegir su propio camino».

Pese a sus circunstancias, Viktor eligió un camino de sentido, responsabilidad y aportación. Al optar por «estar a la altura de su sufrimiento», demostró que todos tenemos la capacidad de superar nuestro destino externo siguiendo la senda de la dignidad.

Despojado de sus bienes, de todo cuanto le era familiar, testigo de la destrucción de todo lo que era valioso y precioso para él; deshumanizado y tratado como el ser más insignificante de los insignificantes; obligado a padecer dolor, hambre, sed y cansancio casi más de lo que uno es capaz de padecer sin morir: el hombre que se había convertido en un *número* se convirtió en una *persona*.

Viktor, un nombre muy apropiado para esa persona, eligió ser un *vencedor*, no una *víctima*. Descubrió humanidad en el rostro vacío de lo inhumano, halló esperanza en un vasto mar de desesperanza. Frente a una resistencia abrumadora, se negó a menospreciarse a sí mismo ni a los demás.

Las palabras iluminan el sendero

Mientras Pravin y yo regresábamos a su establecimiento, le hablé sobre mi hija y su boda. Pravin propuso que volviéramos a su tienda, donde envolvió tres exquisitas telas de seda y encaje. Después

de darle las gracias, se produjo un incómodo silencio cuando salimos de la tienda. El eco de nuestros pasos era lo único que se oía mientras caminábamos por las adoquinadas calles milenarias.

Nos detuvimos en un cruce. En una dirección estaba la casa de Pravin; en la otra, mi hotel.

Cuando nos disponíamos a seguir cada cual nuestro camino, Pravin se acercó a mí, se quitó la bufanda que llevaba alrededor del cuello y la colocó alrededor del mío. Luego, cuando introdujo con delicadeza los extremos de la bufanda dentro de mi abrigo, sentí un calor especial en el corazón.

Al despedirnos con un abrazo, las últimas palabras de Pravin fueron:

—Se trata de un viaje, Kevin. Todos estamos embarcados en uno.

Me volví y, tras agitar brevemente la mano, me alejé pensando en lo que acababa de aprender. La lección que había aprendido era profunda pero simple: *una palabra podía cambiar el mundo para mejor*. Las palabras son como contraseñas: dan acceso al poder, abren la puerta. *Genshai*. Esa palabra contenía tanta o más profundidad que cualquier lección o sermón que yo hubiera oído.

Le estaré eternamente agradecido a ese sabio guía que me ayudó a recordar con claridad el mensaje de mi madre y a comprender con más profundidad de qué son capaces las palabras. Me prometí no volver a menospreciarme jamás, vivir de acuerdo con los principios de la palabra *genshai* y compartir con otros esta y otras palabras secretas pues, como dijo el sabio: «Quien lleva una linterna para iluminar el sendero de su hermano ve el suyo propio con más claridad».

Mientras seguía caminando, sosteniendo el paquete para mi hija, comprendí que el Libro de los Grandes tiene muchas páginas en blanco para llenar, y que algún día regresaría aquí.

Ahora que disponía de la luz, la dirección que debía tomar estaba más clara que nunca. Había venido a Viena para ayudar a otros pero había recibido el regalo más valioso. Miré el paquete y sonreí. Es decir, dos regalos muy especiales.

Pravin tenía razón. Se trata de un viaje. Todos nos hallamos embarcados en un viaje pletórico de dones.